

objeto religioso de las cruzadas y la concentra en el objeto puramente político. Uno de esos innumerables príncipes griegos, víctima de las guerras civiles, privado de sus derechos por un destronamiento, llega al campo de los cruzados y pide auxilio para reconquistar á Constantinopla. El dux, previsor como buen político, ve allí un manantial de grandezas para su patria, y propone el someter la capital de Tracia antes de someter la capital de Palestina. Protestan los señores franceses, amenaza de nuevo el Papa; pero los venecianos creen servir á este á despecho suyo, y ayudarle á destruir el cisma de Oriente que rompía y aniquilaba la unidad católica. Además mezclábanse á estos motivos otros, no tan políticos, pero no menos poderosos; un deseo de venganza en el dux, privado de la vista por los griegos, y una hábil maniobra de Malek-Adel, que comprara por subido precio á los venecianos para arrojar sobre el Bósforo la irrupcion apercibida contra el Egipto y la Judea. Por fin llegaron á la vista de Constantinopla; y no hubo espectáculo que pudiera retenerlos cual la ciudad misma; los lejanos montes griegos resplandeciendo como si los dioses antiguos los habitaran todavía; los mares celestes que se estrechan como un rio y que deslumbran como un cielo; el aire vivificante cargado con los aromas de tantas florestas y jardines, de tantos huertos y verjeles; las costas del Asia y las costas de Europa uniéndose como anillo misterioso para anudar las nupcias entre los dos continentes; las colinas que arrancan de las áureas playas cubiertas de mirtos y rosas, rematadas de palacios que gallardean á la sombra de los cipreses y de los plátanos; las altas murallas, ora ceñidas de viciosa vegetacion, ora besadas por celestes ondas, sobre cuyos remates levántanse trescientas ochenta y seis torres, cada cual mas fuerte y mas hermosa; las innumerables iglesias fundadas por la piedad de los Emperadores bizantinos, luciendo sus cúpulas de oro y sus rotondas de porcelana coronadas por las cruces griegas que centellean en los horizontes como las estrellas en sus respectivas constelaciones; los intercolumnios, los pórticos, los tesoros de la cultura antigua salvados por el Imperio oriental de las irrupciones bárbaras; todas estas indecibles hermosuras del Bósforo y su ciudad detuvieron con cierta apariencia de motivo la carrera de los cruzados y les obligaron á intentar y concluir aquella insana empresa.

Imposible contar todas las incidencias de la toma de Constantinopla y to-

dos los precedentes de la fundacion de un Imperio latino en medio de Grecia. Lo único que señalar nos toca es la particularidad de que mientras las otras cruzadas iban al Asia, siquier no trajesen los resultados prometidos; esta se paraba tristemente á las puertas de Constantinopla para emprender un trabajo mas político que religioso y hasta mas económico que político. Dos veces tomaron la ciudad, sin que la defendieran con el ardor debido aquellos degenerados griegos, incapaces de sentir todo el precio de su independencian nacional, así delante de los latinos como delante de los turcos. Lo cierto es que veinticinco torres se abrieron á la codicia de los venecianos mas que á su valor; y el estandarte de San Marcos ondeó en la mas alta, quedando de esta suerte la ciudad de Constantino en poder de los cruzados. No pueden describirse todas las injurias que infirieron á la reina del Bósforo ni todas las heridas que le causaron. Los marineros venecianos fueron osados á desceñir al Emperador de su corona de pedrería y ceñirle una gorra de pelo. Despues de estas ofensas no habia remedio; imponíase naturalmente la deposicion ruidosa de toda la raza de los Conmenos. Tal suceso no podia verificarse sin que Constantinopla ardiera y se ensangrentaran sus calles, y se violasen sus iglesias, y se profanasen sus sepulcros, y subieran las prostitutas á sus altares, y mancharan los soldados la majestad del Imperio ciñéndose las túnicas rozagantes y las áureas tiaras, y quedara la ciudad sin sus monumentos, sin sus reliquias, sin sus riquezas artísticas, sin sus piedras preciosas, convertida en monton de ruinas, sobre el cual se levantaba, á guisa de espectro de otros tiempos, un Emperador latino, que yendo á Jerusalem se encontró en su ruta una corona de oro y la ciñó á sus sienes en vez de la corona mística que hubiera encontrado si arrancara el sepulcro de Cristo á la aleve y profana mano de los musulmanes.

El botin fué tanto que, habiendo dado cincuenta mil marcos á los venecianos para pagarles sus naves, todavía quedaron quinientos mil á los franceses. Aquel trono roto fué ofrecido á Dándolo, que prefirió el gorro frigio de Venecia á la corona imperial de Constantinopla, y se redujo á tomar las factorías necesarias para su comercio y á declararse dueño de un medio y un cuarto del Imperio griego. El otro cuarto, donde se veia enclavada la ciudad de Constantinopla, pasó á un descendiente de Carlo-Magno y conde de Flan-

des, llamado Balduino. Por esta suerte todos los resultados de la cuarta cruzada se redujeron, despues de haber sido tan religiosos sus comienzos, á un mero negocio mercantil de una ciudad tan comercial como Venecia. Religiosa la cruzada de Godofredo de Bouillon; política la cruzada de Conrado de Alemania; caballeresca la cruzada de Ricardo de Inglaterra; y puramente económica la cruzada de Dándolo de Venecia.

La quinta, de mas felices apariencias, dió de sí mas infelices resultados. Promovíanla todas las corrientes de las ideas europeas y no acababan los reyes de organizarla. En esto se congregan por uno de esos milagros propios de la fe exaltada nada menos que cincuenta mil muchachos y niños, los cuales echan á andar como pajarillos escapados á su nido, hácia Jerusalem, teniendo por todo guía el sentimiento de deber dirigirse y encaminarse á la continua hácia la cuna del sol, hácia el Oriente. Decíanles para detenerles que les aguardaba una sequía, por la cual habrian de evaporarse hasta las aguas del Mediterráneo; mas ellos cada vez con mayor exaltacion libraban todas sus esperanzas en la bondad de su obra y en el amparo de su Dios. Al fin fueron pereciendo al cansancio, en el camino, hasta veinte mil, y los treinta mil restantes quedaron bajo el poder de los bandidos y de los piratas, los cuales vendieronlos á vil precio, y llenaron con tales infelices los bazares y las factorías y las ferias de esclavos. Quejóse el Papa amargamente y comenzaron á moverse de nuevo las cruzadas con ardor y á dirigirse hácia Palestina con resolucion. El rey de Hungría, seguido por los duques de Baviera y de Austria, llegó á Tolemaida y esparció la esperanza en el ánimo enflaquecido de los cristianos de Oriente, que reuniéndose con él y los suyos, van, como en procesion, por aquellas vías sembradas de tantos recuerdos, donde á cada paso creéis entrever las místicas visiones del Evangelio y oír las armoniosas voces del Profeta. Los desiertos de Palestina ofrecieronles en sus llanuras llenas de sombras sobrenaturales todas las inspiraciones de un templo; las orillas del Jordan les brindaron con los recuerdos del bautizo de Cristo y de la predicacion del Bautista; los alrededores de Jericó les recordaron aquellas flores bíblicas que atraen á las conciencias como las flores naturales á las mariposas; las tierras de Nazareth les dictaron el *Gloria in excelsis Deo* de los pastores y de los ángeles en la noche del nacimiento de Cristo; y en la montaña

del Tabor, donde se verificó el misterio de la trasfiguracion, creyeron ver trasfiguradas sus propias almas y próximas á volar al cielo á través de sus infinitas esperanzas. Pero todos estos sentimientos no bastaron á disciplinar á los cruzados, pues cayeron mas á los golpes de sus propias pasiones que á los golpes de sus feroces enemigos. Esto es tan cierto que Malek-Adel no los combatia; y sin embargo nada adelantaban. Es verdad que tomaron á Damietta, pero tambien es verdad que con Damietta solo tomaron por desgracia un foco de pestilencia. Moviéronse hácia el Cairo en busca de mejor aire y de mejor fortuna y solo probaron derrota tras derrota. El rey de Chipre murió en la empresa; el de Hungría partióse para su reino; y el duque de Baviera, prisionero, lloró tan amargamente que hizo llorar al mismo sultan su aprehensor. Todo el mundo atribuía estas desgracias á la incuria y pereza del poeta, del filósofo, del soldado, sensual en sus placeres, extraviadísimo en sus fantasías, amante de las letras y de la música, ligero como un juglar, heróico cual todos los señores de aquellos tiempos, ni bien amigo ni bien enemigo de la Iglesia; hereje y piadoso, medio árabe y medio griego, germánico y siciliano, verdadera imágen del siglo décimotercio que representa, cuya primera mitad pertenece á la fe católica y cuya segunda mitad al pensamiento libre; extraña y singular figura, nunca bastante estudiada, y que ha pasado á la posteridad con el nombre inmortal de Federico II rey de Sicilia y emperador de Alemania.

En 1225 se fijó su partida para Jerusalem; y dos años mas tarde tuvo el Papa Gregorio IX que excomulgarle por sus indecisiones y por su tardanza. Al fin se decidió. Pero una cruzada, dirigida por un excomulgado, aparecia á los ojos de todos como una empresa imposible. El año 28 de la décimatercia centuria presentóse en la llanura de Barleta, sobre elevado trono, con la corona imperial en las sienes y la cruz de peregrino en el pecho; haciendo su testamento y obligando á los barones á que jurasen cumplirlo si perecia en la ruta; y partiéndose luego con veinte galeras y seiscientos caballos, temeridad que le atrajo nuevos anatemas y nuevas excomuniones del Papa. Así, al presentarse en Siria, donde le aclamaban como vencedor, llegaronse á él dos monjes franciscanos y le dijeron y le notificaron la noticia de las sentencias pontificias, las cuales arrancábanle toda autoridad pública y toda fuerza mo-

ral. Así fió su empresa antes á la ductilidad de los mahometanos que al valor de los católicos. Aquello no debió llamarse una guerra, sino una negociacion. Las plumas sucedieron á las espadas; los pergaminos á las banderas; los tratos á los combates; los misterios á la antigua claridad en las diversas posiciones, tanto que envió el emperador al Sultan estribos, pieles, armas, caballos de guerra, su propia armadura; y el sultan á cambio elefantes de la India, camellos de la Arabia, esencias del Oriente, cantoras y bailarinas del Egipto; conviniendo en que Jerusalem volveria á los cristianos sin mas compromiso de parte de estos que consentir la libertad de cultos en la Ciudad Santa y comprometerse á no atacar jamás las tierras de Egipto. A la indiferencia religiosa de Federico, á su prematuro racionalismo, á cierto sentimiento pagano que se confundia con su amor al arte, cuadrábanle estas amplísimas y desusadas tolerancias que juntaban en el mismo aire las vibraciones de la lengua de los muecines y las vibraciones de la lengua de las campanas. Pero no podian cuadrar, no, á su siglo. Y los imanes, de un lado, viendo la Ciudad Santa entregada á los cristianos; y los sacerdotes católicos, de otro lado, viendo la tolerancia permitida y los nombres de Cristo y de Mahoma confundidos en el mismo cielo; alzáronse á una y obligaron al califa de Bagdad á negarse á la ratificacion y al Patriarca de Jerusalem á prohibir la entrada á los cruzados en la iglesia del Santo Sepulcro. En efecto, se grabó sentencia tan terrible á la puerta; y Federico, al verse triunfador y execrado, rey de Jerusalem y desobedecido, recuperador de Tierra Santa y excomulgado, golpeó á los frailes, injurió á los peregrinos, castigó á los ciudadanos, y se volvió irritadísimo, despues de haber entrado en el Santo Sepulcro, y visto sus puertas desoladas, sus altares desnudos, sus lámparas extintas, su clero ausente, sus paredes cubiertas de luto, como si en vez de presentarse el sacro emperador de los romanos, se presentara un demonio de todos los infiernos á injuriar la ciudad de los redentores y de los Profetas. A pesar de la fugaz toma de Jerusalem continuaban retrocediendo las cruzadas. En la primera predominó la religion, en la segunda la política, en la tercera la caballería, en la cuarta el comercio y en la quinta la impiedad y la excomunion.

Desde el año 1095, en que la primera cruzada se predicó, hasta el año 1258 en que se emprendió la última, ¡cuántos y cuán profundos cambios en los

afectos y en las ideas, en la fe y en la ciencia! El mundo veia con horror y extrañeza personificando el Sacro Romano Imperio, rehecho por Carlo-Magno cuatro siglos antes para defender la fe cristiana y sustentar la Iglesia católica, un Emperador semi-oriental y semi-germánico, un Federico II, vestido á la asiática, rodeado de doctores árabes, con su guardia de mamelucos á guisa de un Califa, y su serrallo de concubinas como cualquier musulman; ducho en componer canciones acompañadas por los instrumentos gratos á los hijos de los desiertos; henchido de creencias filosóficas, cuyos cánones confundian á Cristo con Moisés y con Mahoma; fundador de escuelas erigidas con el fin así de esparcir las doctrinas y artes profanas como de contrastar las ciencias eclesiásticas; tan innovador que ganara á Jerusalem por medio de tratos diplomáticos y no por medio de milagros teológicos; tan tolerante que departia con los infieles como con sus hermanos y trababa estrecha amistad con el emir Eddin á quien tenia en mucho por sus ideas tambien heterodoxas con respecto á sus propios libros teológicos; tan profundamente político que atribuia en sus cartas diplomáticas los empeños de conquistar tierras santas á la necesidad de complacer á sus vasallos católicos y ganarse en las naciones extrañas la amistad de los piadosos franceses; héroe así por los atrevimientos en el creer y pensar como por los atrevimientos en el combatir y reinar; llamado entre la gente eclesiástica el Antecristo, cual llamaron los primeros cristianos á Neron, á causa de que, alemán y siciliano por su sangre, Emperador del Norte y monarca del Mediodía por su oficio, católico de origen y pensador de necesidad por su tiempo; en aquella Gran Grecia, encrucijada de todos los caminos marítimos, habia sentido la necesidad de urdir relaciones con todos los pueblos mas ó menos cultos, y de examinar el alcance y valor de todas las ideas. Mas Federico II indicaba bien á las claras el cambio radical en el alma de aquella sociedad, en sus sentimientos y en sus ideas. Viéronse antes muchos emperadores armados que asediaban á Roma con ejércitos, mas ó menos respetuosos, mas ó menos feroces, mas ó menos aguerridos; pero no se habia visto, no, hasta mediar el siglo décimotercio, época bien crítica de la historia moderna, un Emperador capaz de asaltar á Roma con las armas espirituales de las ideas. El desacato resultaba tanto mayor cuanto que, ofreciéndole una sumision externa como hijo obediente, la ofendia con su pensamiento y con su